

parecía destinado á ser parte de una coleha; un libro tenia señalada una página, y en fin, en el centro se veía un lindo jarrito de cristal con algunas flores.

Uno enfrente de otro, había dos *causeuses*, ó divanes pequeños; en medio de la estancia un velador grande y redondo, cubierto con un lindo tapete, sostenía libros y periódicos, y una lámpara en el centro; al lado de este velador, una butaca pequeña y cómoda; dos baules cubiertos con tiras bordadas de tapicería, alternadas con otras de paño verde, cortinas de lana en la ventana y en la puerta, tales eran los objetos de ornato de aquella habitación, clara, alegre y tranquila.

Una cómoda-papelera antigua, con tiradores de bronce, daba frente á un *bureau*, antiguo también y abierto, sobre el cual se veía extendida una pieza de música á medio copiar de un gran libro, y un documento judicial á medio escribir, con una letra de gallarda forma inglesa; el tintero de cristal y las plumas de diferentes gruesos, decían claro que en aquel *bureau* se escribía diariamente algunas horas.

Por la puerta entreabierta del dormitorio se veían un piano y un arpa; en los dos costados del piano había dos estantes llenos de música, en cuadernos y libros de distintos tamaños; el saloncito era más pequeño que el dormitorio, y estaba amueblado con una cómoda

antigua, llena de objetos de China y biscuit, con una sillería de damasco encarnado ya muy usada; un brasero, con la tarima y la copa doradas, de pequeñas dimensiones, pero de aquel azófar antiguo que brillaba como el oro, hacia las veces de chimenea.

Delante de la ventana caían cortinas sencillísimas de muselina bordada, y todo estaba brillante de limpieza, y arreglado con sin igual buen gusto, y con una elegancia que dejaba encantados los ojos y gozoso el corazón.

V.

La jóven estuvo algunos instantes contemplando aquel aposento, en el que la actividad y la vida se mezclaban al orden y á la más exquisita limpieza, unidos al perfume que deja siempre en derredor suyo una existencia laboriosa é inteligente.

Recordó al fin que se hallaba con ella la persona que había ido á visitar, y este pensamiento vino á sacarla de su dulce arrobamiento: la vizcondesa, que la contemplaba en silencio, esperando á que ella tomase la palabra, creyó que despues de tan larga espera ella debía hacerle, y adelantándose dos pasos con gracia y viveza, tomó la mano de Margarita y le dijo

afectuosamente, haciéndola sentar á su lado:

—Mucho agradezco á Vd., señora, que se haya acordado de mí.

—Mil perdones pido á Vd., señora vizcondesa, repuso Margarita, más y más alentada con aquel amable recibimiento; la hora es muy importuna, pero no tenia otra de que disponer.

—Todas son buenas para mí, y solo siento no poder dedicar á Vd. más que un breve rato hoy, porque espero á mis discípulas; pero ya que ha venido, dígame con toda franqueza: ¿me halla útil para algo? ¿sufre? ¿está sola en el mundo, es decir sola moralmente, que es la más amarga de las soledades?

—Así es en verdad, señora, contestó Margarita: tengo madre, hermanas, hermanos, hasta tengo esposo... ¡pero todos me han abandonado!

Estas palabras fueron pronunciadas con una amargura indecible; un relámpago sombrío brotó de aquellos ojos que parecían tan dulces, y una llamarada de cólera vistió de púrpura las blancas mejillas de Margarita.

La vizcondesa esperó á que aquella tormenta del alma se hubiese apaciguado, y luego le dijo dulcemente.

—De modo, hija mia,—y permítame este dictado que mi edad me autoriza á darle,—de modo que, aunque tiene familia, está sola?

—¡Sola en el mundo!

—¿Lo ha merecido Vd.?

Margarita no contestó desde luego á esta pregunta; inclinó de nuevo la cabeza, miró hácia adelante algunos segundos, y dijo al fin con voz quebrantada y triste:

—No sé qué decir á Vd., señora; acaso soy culpable de no haber sufrido con paciencia todo lo que el cielo me ha enviado; pero he sido castigada muy rudamente! Si yo pudiera pintar á Vd. mi situacion... mas contamos con tan poco tiempo...

—Aún tenemos alguno, dijo la vizcondesa, que veia cierto extravío en las miradas de la jóven; cuénteme Vd., aunque sea sucintamente, lo que le sucede, y acaso hallaré algun consejo que darla...

—Pues bien, señora, en pocas palabras le diré cuál es mi desdichada situacion: otro dia, acaso, podré ser más extensa.

Margarita se recogió durante algunos minutos; nubes de rubor se mezclaban en sus facciones marchitas á la palidez de una pena profunda; por fin, pasando la mano por su frente, como para disipar ó alejar de ella una vision penosa, empezó así:

—Me casé, siendo niña todavía, con un hombre que creí amar, porque me sustraía de la tiranía de mi familia. Un padre débil é ignorante, una madre dura y severa en demasía, y una

33864

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTEREY, MEXICO

gran falta de medios de fortuna, debida al desorden de la casa paterna, nos llevaron á la pobreza, aunque nuestra clase tocaba con las más elevadas. Tenia yo seis hermanos más, y una propension en el alma á soñar en todo lo bello, y ansiar todo lo que lo era; dos hermanas que me precedian eran prosáicas y materiales, y mis hermanos eran pequeños y nada podian aliviar mi soledad moral: me casé, pues, y hubiera amado á mi esposo á poco que hubiera valido...

—Cuidado, hija mia, observó la vizcondesa con una triste sonrisa: el dolor puede hacernos injustas...

—No, señora, no, repuso Margarita; mi marido habia vivido siempre entre deudas, desórdenes y mujeres de mala vida, y así siguió; me trataba como á una niña, y no sabia tener ni respeto á mi inocencia, ni consideracion para la debilidad de mi corazon y los sueños de mi alma. Cuando dejé de ser niña, cuando la razon empezó á tener fuerza, me rebelé contra aquella tiranía vulgar, que hacia de mí *una cosa*, y olvidaba que yo tenia un alma con aspiraciones elevadas, un corazon que sentia, y un cerebro que pensaba.—Pasé algunos años inquieta, agitada, desgraciada hasta el último extremo. Cuando una mujer no es amada ni respetada de su marido, los libertinos de oficio lo comprenden muy pronto, y codician su posesion con gran empeño, aunque sea solo para un dia.

Yo me ví asediada, y, dada como era al romanticismo, creí, soñé, esperé y amé al fin; uno de los jóvenes á quienes con más franqueza y menos prudencia recibia mi marido, logró interesarme... estaba yo tan sola... ¡Oh, señora, perdon!...

Y Margarita, como si hubiera temido ofender á la persona que la escuchaba con su confesion, tomó la mano de la vizcondesa, y se inclinó sobre ella con humildad.

—Adelante, hija mia, adelante, dijo benigneamente la anciana; en todo lo que me ha dicho veo una tremenda desgracia; la idea severa del deber, la idea augusta de la religion no se habian grabado en su alma; es culpa de las madres cuando las hijas caen; con una madre tierna é inteligente, Vd. no hubiera caido nunca.

—Señora, dijo Margarita, estas son las primeras palabras de indulgencia y de justicia que oigo desde hace muchos años... ¡Dios la bendiga por ellas!

Hacia apenas un mes que habia dado oidos á las palabras de aquel hombre; la piedad fué la que le abrió las puertas de mi corazon; era pobre, huérfano, desvalido... parientes lejanos le habian hecho seguir por caridad una carrera, que le hacian pagar con mil humillaciones... su dolor halló un eco en mi alma exaltada, y le amé... Un mes hacia apenas que duraba nues-

tra inteligencia, cuando una criada nos vendió, entregando una carta á mi marido; la carta era mia, é iba dirigida al cómplice de mi falta.

Mi marido pareció perdonarme, pero no debia yo esperarlo; un rencor sordo hervia en su pecho: empezó á maltratarme de palabra y de obra, y yo, despues de sufrir dos años, abandoné la casa conyugal y me refugié en la de mis padres, que, aunque al pronto no pudieron cerrármela, me recibieron muy mal, indicándome á los pocos dias que buscasse otro domicilio.

Lo confieso, señora: mi alma ardiente se exalta ante la desdicha y se llena de cólera; salí al instante de la casa de mis padres, donde me culpaban de todo cuanto me habia sucedido; me habian lanzado al combate de la vida sin escudo ni defensa, y me acriminaban porque estaba cruelmente herida.

Volví á Madrid. Mi marido, aconsejado sin duda por alguna persona que tenia el alma compasiva, me señaló una cantidad pequeña para que viviese, me amuebló pobremente una humilde habitacion, y me dió asilo al llegar aquí de nuevo; más que á nadie en el mundo le debí á él. —Y sin embargo, lo que me daba para vivir no alcanzaba á mis necesidades más precisas. Mi vida era muy triste: además de este motivo de inquietud tenia otros muchos de pena. Todas las gentes que nos visitaban, amistades ligeras y superficiales, me abandonaron,

y quedé sola, enteramente sola, sola entre las cuatro paredes de un cuarto que era casi una buhardilla, con una criada recién llegada de su aldea, que llevaba con mucha ménos paciencia que yo nuestra escasez.

Uno de los hombres que más me habian perseguido con su amor, me buscó y me halló, porque tenia la firme intencion de conseguirlo.

Este hombre no era libre...

La vizcondesa hizo un movimiento de terror.

—¿Y Vd. le amó, pobre hija mia? preguntó tras una larga pausa.

—No señora, respondió Margarita, ocultando la frente entre las manos; si la pasion me hubiera cegado, seria menos culpable... pero estaba cansada de la soledad, del aislamiento, y empujada por el tedio que me devoraba... Desde entonces este hombre es mi tirano, y solo he conseguido cambiar de esclavitud.

—¿Y la dama que la acompañaba á usted ayer?

—Es mi amiga de hace ya largo tiempo: la única que me buscó en la desgracia, como el baron; la única que me acompañaba, porque ya he dicho á Vd. que quedé aislada de todo trato al separarme de mi marido. Esta amiga hace ya largo tiempo que ha dejado de serlo; su tiranía es acaso más dura que la del baron; á cada paso me da á entender que, á no ser por ella, no po-

dria ir á ninguna parte, y que me hace mil favores exponiéndose á la murmuracion de todos.

—¿Es acaso sin mancha alguna la vida de esa dama? preguntó la vizecondesa ¿es tan pura su reputacion que pueda servir á Vd., de escudo? ¿es una mujer de esas que todo el mundo estima?

—¡Ay! contestó Margarita; ella ha ido mucho, quizá mucho más lejos que yo en el camino de la culpa. Pero es viuda, y además, nada sé con evidencia. Estas razones le hacen suponer en su juicio una superioridad sobre mí, que me hace pagar muy cara.

Ella misma acaso está convencida de que su altanería es injusta, pero no por eso me la impone ménos.

—Y Vd. ¿por qué la soporta?

—¿Y qué haré? Ya he dicho á Vd., señora, que por el escándalo que mi marido promovió al separarme de él, por lo mucho que publicó mi falta, todos los amigos de nuestra casa se alejaron de mí.

—Porque no eran amigos, observó la vizecondesa: si lo hubieran sido, no la hubieran abandonado así: créame Vd., pobre jóven.

—Mi marido me pintó tan culpable...

—Su afecto, si se lo hubieran profesado á usted, hubiera resistido á inculpaciones que podían ser infundadas, ó á lo ménos hubiera es-

perado á aclarar la verdad; crea Vd., hija mia, que nada ha perdido con dejar de ver á semejantes gentes, y que nada perderia tampoco con decir á esa *amiga* que ahora la acompaña, que renuncia á su amistad.

—¡Quedar sola! murmuró con terror Margarita! sola con ese hombre... ¡oh, señora, no me atrevo!

—No quedar sola con ese hombre, pobre hija mia, sino sola del todo; rompa usted tambien con esa persona.

—¡Imposible!

—¿Le ama usted?

—Antes, estoy segura de que no; pero en el terrible aislamiento en que me hallo, creo que he llegado á querer á los dos, siquiera por la fuerza de la costumbre.

—Oígame usted, amiga mia, dijo dulcemente la vizecondesa; las primeras condiciones de una vida honrosa son la dignidad y el reposo, y ni una ni otra cosa se posee cuando el alma está constantemente herida, cuando hay que someterse á un rebajamiento moral, y cuando doblamos el cuello á un yugo aborrecible y despreciado; quédese Vd. sin ese amante, á quien no ama; sin esa amiga, que no lo es; ninguno de los dos la quiere ni la estima, y quizá estén ambos unidos por un lazo que la inocencia de usted no ha llegado á descubrir.

—¡Yo inocente! repitió dolorosamente Mar-

garita, fijándose más en esta idea que en la celosa sospecha que quería despertar en su espíritu su interlocutora.

—Sí, hija mía, repuso la vizecondesa; usted es más inocente que esa amiga, de la cual no sabe una sola falta: es Vd. quien la honra, y ella quien le hace daño á Vd. con su compañía; es Vd. más jóven, más bonita, más espiritual, más amable, más amada que ella: y una mujer no perdona jamás á otra estas ventajas, á no tener el alma muy grande y muy elevada. ¿Tiene Vd. pruebas de que su amiga la posea así? ¡las tiene de todo lo contrario! dura, egoísta, ingrata, se impone á Vd.; la trata con acritud, y solo la aconseja lo que á ella le conviene; la intimidad que afecta con el baron constituye por sí sola un insulto hácia Vd.—Mi querida Margarita, pues creo que así la llamaba esa amiga peligrosa, es preciso que Vd. renuncie á esa amistad y á ese amor.

—¿Y he de quedarme sola?

—Sola estará mejor que tan mal acompañada, y esta vez es más verdad que nunca el antiguo refran.

—¿Pero cómo salir de mi casa? El baron no lo consentirá, y yo le tengo miedo... además, señora, yo creo que me ama de veras...

—Deje Vd. ese error, hija mía, dijo la vizecondesa con una triste sonrisa; es Vd. quien le ama, sin quererlo, y no la culpo por ello, pues

su amor se apoya en el más noble de los sentimientos: en la gratitud. Es preciso que haga Vd. un esfuerzo y que sacuda esos dos yugos, que constituyen una esclavitud vergonzosa.

—Señora, observó Margarita; mi marido me da tan pequeña suma, que vivo de los beneficios del baron... ¿qué haré si rompo con él?

—¡Trabajar! ¿no sabe Vd. música, dibujo, idiomas?

—Sé francés, y mal; la música, la supe y la olvidé.

—Es preciso estudiar y aprender más, para enseñarlo; hoy mismo debe Vd. despedirse de ese hombre, cerrar su casa por algunos días y evitar el encuentro del baron.

—¿Y cómo lo haré? ¿á dónde ir, sin amigos, sin recursos?...

—¿Tiene Vd. la firme intencion de dejar esa vida que arrastra, y de cambiarla por otra más decorosa y más tranquila?

—La tengo, señora; todo es preferible al angustioso estado que hoy tiene mi espíritu.

—No quiero abusar de la exaltacion del momento, dijo la vizecondesa; vuelva Vd. á su casa, amiga mía; medite dos días en lo que la he dicho, y escribame su decision; mi deber me llama, y tengo que despedirla, bien á pesar mio; pero permítame un consejo por despedida: nunca hallaremos ni dicha ni reposo, si no estamos en paz con nosotros mismos y si hemos

perdido nuestra propia estimacion; y Vd. no recobrará la suya hasta que haya salido de esa amarga y, permítame que se lo diga, de esa culpable situacion; piense en ésto y hallará valor para crearse otra.

—¡Oh, señora! exclamó dolorosamente Margarita; estoy sola, sin apoyo, sin recursos, y tengo tanto miedo á la miseria!...

—Indíqueme solamente que quiere cambiar de vida, y yo la ayudaré; adios, hija mia; dentro de dos dias cuento con una carta de Vd., y espero hallarla como yo deseo. ¡Quiera Dios que no me engañe!

Margarita se dirigió lentamente hácia la puerta; sus mejillas estaban coloreadas por una grande agitacion interior; sus labios parecian trémulos por una convulsion nerviosa; se hallaba decidida á seguir los consejos de aquella digna mujer, seductora, aun cuando tocaba á los umbrales de la ancianidad; despidióse de ella estrechando su mano, y llegó á su casa llevando en el oido el eco grato de aquella voz amiga.

VI.

Hallábase dotada Margarita de uno de esos organismos poéticos y tiernos hasta el exceso, y por lo mismo incapaces de toda fortaleza.

No tenia valor para sufrir, y la soledad en el dolor la agobiaba con un peso irresistible; aun en los breves instantes de dicha que habia probado sobre la tierra, la alegría para ella sola valia mucho ménos que la alegría compartida, y ninguna prosperidad le parecia que lo era cuando no tenia siquiera á quien comunicar sus impresiones. Por otra parte, su educacion religiosa habia sido bastante descuidada; y unida esta circunstancia á su carácter caviloso y á su viva imaginacion, daban por resultado una tibieza en la fé, que la privaba del más grande, del más verdadero y poderoso de los consuelos.

¡Feliz la mujer que guarda ciega y humilde la fé cristiana! ¡Feliz aquella á la que ha guiado una mano tierna é inteligente, y le ha mostrado, no los esplendores ficticios, no las preocupaciones erróneas de la beatería, sino las augustas verdades de la religion católica! Ninguna pena de la vida, ninguna amargura, ninguna decepcion la herirá mortalmente, porque puede decir desde el fondo de su alma.—“¡Dios lo quiere! ¡Hágase su santa voluntad!”

La idea consoladora de que hay un Dios todopoderoso, padre amante y lleno de misericordia, que rige nuestros destinos, es el antídoto mayor para ese veneno sutil que se va inculcando en todo nuestro ser, primero bajo la forma de la tristeza, tomando luego la del des-

pecho y terminando al fin en la amargura, en la duda, y acaso en la negacion de todo.

Margarita solo habia conocido en su breve vida dias de sombra; la dureza y el egoismo de sus padres primero, el indigno comportamiento de su marido despues, y por último, la tiranía cruel y abyecta del hombre que la ofreció amarla y protegerla, habian traído á su ánimo un desaliento incurable, dada la debilidad altiva de su carácter.

El aislamiento en que se encontraba, incomprendible á primera vista, se hallaba justificado con la explicacion de las circunstancias que le habian traído; la mujer es la que generalmente cultiva y sostiene las relaciones sociales; la madre de Margarita, mujer inconsecuente y egoísta, huía de todo lo que la molestase, y abandonó todas las amistades de la familia; su padre, dominado por su esposa, no podía ni queria conservarlas por sí mismo, y cuando, casada Margarita, fué ya á formar por cuenta propia otro hogar y otra familia, su marido no tenia ni una clase elevada, ni reposo y dignidad en su vida para ofrecerle una sociedad escogida, ni aun aceptable. Todos sus amigos eran aspirantes á escritores de último orden, actores sin ajuste y mujeres que vegetaban en esa sociedad *media*, anchas de conciencia moral y religiosa, que no pisan jamás un solo salon respectable.

Ya sabemos y no tendremos que esforzarnos mucho en hacerlo comprender así, que todos, de acuerdo con el esposo de Margarita, desgarraron la reputacion de ésta, y que nadie trató de ayudarla y de ofrecerle su apoyo. La pobre jóven ya no servia para nada. Débil arista llevada en las alas del huracan, su falta habia sido oscura, y su caída resonó por algunos dias en el pavimento movible de la sociedad en que vivia; luego vino el aislamiento más completo, porque el mundo no hace caso ninguno, al cabo de poco tiempo, de que haya un cadáver más, sea moral ó materialmente hablando.

La desgraciada creyó que le faltaba tierra donde pisar, y que hasta la luz de los cielos iba á desaparecer para ella; con la ciega y doliente debilidad que formaba el fondo de su carácter, volvió á amar á su marido y olvidó todas sus monstruosas sinrazones, para pensar solo en sus contados halagos, tan mentidos y tan frios; humillóse hasta pedirle un perdon inútil, y solo recibió contestaciones duras, amargas y que no le dejaban ni la esperanza más leve de misericordia.

Margarita vivia en un piso cuarto. En una helada mañana de Diciembre, nublada y casi tenebrosa, se levantó rendida de un insomnio que habia durado toda la noche. Devorábala una fiebre ardiente; ni un solo instante habia dormido desde las diez de la velada precedente, á

cuya hora se acostó cansada de estar sola; eran las siete, y el alba blanquecina y triste, aclaraba apenas la oscuridad de las calles. Margarita fué lentamente desde la alcoba al balcon, y lo abrió.

—La vida es aún muy larga! pensó; sin familia, sin hijos, sin esposo, sin amigos! ¡Qué horrible porvenir... vale más que esperarle, acabar hoy!...

Y se asió al antepecho del balcon para inclinarse violentamente hácia la calle.

En aquel instante una campana tocó á misa en una iglesia vecina; la jóven se detuvo, y dijo:

—Oiré misa primero y rogaré á Dios que me perdone.

Cuando volvió á casa, se dijo que aun podia haber para ella algunos dias de sol: por la tarde, á las dos, llamaron á la puerta de su casa; Margarita habia vuelto á caer en sus sombríos pensamientos; su criada entró con una tarjeta en la mano y se la presentó; decia así:

El baron de G.

Era un hombre que se habia hecho presentar en casa de Margarita un mes antes de su rompimiento conyugal; sus miradas y galanterías le habian significado que le arrastraba hácia ella una viva simpatía; y Margarita, que se hallaba en uno de sus más nebulosos dias, acogió su visita con gratitud y casi júbilo.

Dos años vivió embargada por la dicha de sentirse querida por álguien en el mundo; ella, tan desheredada de afecto... ella, que habia atravesado sola el camino de la vida! Su conciencia misma enmudecia, y si alguna vez le asaltaba la idea de que el baron estaba unido á otra mujer con lazos legítimos y eternos, procuraba tranquilizarse repitiendo lo que este le decia:

—Su mujer no se cuida de él para nada, no se entienden: ella es insensible é indiferente á todo lo que toca á su marido.

Sin embargo, la hora del castigo llegó para Margarita; la costumbre enfrió aquel afecto, y ella que jamás habia estado enamorada del baron, sintió sin pena que la indiferencia se posesionaba del alma de aquel. Estaba contenta y tranquila solo con tener á quien referir sus penas del dia y sus proyectos inocentes de paseos y teatros; mas para salir necesitaba de la compañía de una amiga, pues la sociedad exige, y con razon, el respeto de las formas. Margarita no podia ir sola al teatro, á los paseos, á los espectáculos públicos, sin la salvaguardia de otra mujer; ésta se habia presentado al poco tiempo de aparecer el baron; como todos, habia abandonado á la pobre Margarita durante los primeros meses: temia que cayese en la miseria ó en una degradacion *visible*; mas las relaciones de amor con un hombre que ya se hallaba enlazado á otra, le parecieron cosa sopor-

table, y sobre todo, cosa de la que podía sacar gran provecho de diversiones y alguno también de coquetería; el baron era un hombre aficionado al bello sexo; ¿por qué no le había ella de agradar? Era hombre de mundo y de posición, y ella, que jamás había hecho una conquista de importancia, pensaba que ésta se hallaba al alcance de su mano. Luisa procedía con la lógica segura de todas las amigas que se creen necesarias, ó más bien de todas aquellas que dan el nombre de amistad á lo que solo es egoísmo y envidia disfrazada, unidas al deseo de profundizar una situación difícil ó dolorosa.

Ninguno de sus presentimientos dejó de acercarse á la realidad; ninguna de sus esperanzas se vió fallida. Margarita cayó en una dependencia completa y absoluta, bajo su férrea, aunque simulada voluntad. El baron, como libertino cansado de conquistas, gustaba de lo más nuevo, y se dejó mimar, adular, *querer*, en una palabra, por Luisa, y la desdichada Margarita se halló encerrada en un círculo de hierro, que guardaban á la vez la carencia de medios de vida, la pusilanimidad de su carácter, y el horror al aislamiento, que temía más que todas las penas que estaba soportando.

Sin embargo, su corazón se helaba; un cansancio profundo de la vida volvía á apoderarse de ella: nunca había amado al baron, y su indiferencia, su visible afición por su amiga, le

cansaban y herían tanto como las coqueterías de ésta: un dolor sordo, una ansiedad continua agitaba el espíritu de Margarita; veía su reputación manchada, su presente sombrío, su porvenir incierto; sin recuerdos á donde volver los ojos, pues tampoco había amado á su marido; esposa sin esposo, hija sin padres, sin un solo afecto verdadero en que apoyarse, Margarita cayó en un desaliento y en una aflicción tan profundos, que volvió á pensar en la muerte como en un puerto de seguridad y de descanso.

La dulce y respetable amiga que la Providencia le había enviado, conquistó desde luego su simpatía: á la primera palabra de la anciana, su corazón se había abierto á ella de par en par: á la primera ocasión que tuvo, ya se ha visto como voló á su lado.

¡Ay! cuántas existencias en la apariencia culpables encierran en su fondo un dolor profundo, y cuántas anhelan una tabla de salvación para no sucumbir en los últimos horrores del naufragio!

No acusemos jamás sin estar ciertos de la culpa, y aun entonces compadezcamos á la culpable, en la seguridad de que detrás de su falta hay gran lucha, muchas lágrimas, muy rudos combates, acaso muchas horas de profunda desesperación; y al lado de la culpa mucho arrepentimiento, y muy amarga soledad.

FIN DE LA PARTE PRIMERA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1685 MONTERREY, MEXICO